

tirio de este grande Santo se hallan tambien en la coleccion de Ruinarth.

§ IV.

DE LOS SANTOS AGRÍCOLA Y VITAL Y DE OTRO SAN VITAL MARTIRES.

1. Agrícola fué gentilhombre de la ciudad de Bolo-
nia, llevando una vida muy cristiana cuando ardia la
persecucion de Diocleciano. Y por la bondad que con
todos usaba se habia conciliado la estimacion y el afecto
general hasta de los gentiles. Tenia á su servicio otro
santo hombre llamado Vital, que le servia con la mayor
fidelidad; y como entrambos amaban á Jesucristo, se
ayudaban recíprocamente en la práctica de las santas
virtudes, y se disponian y se animaban á dar su vida
cuando Dios así lo ordenase por la santa Fé. Mas tocó á
Vital el ser mártir el primero, y adelantarse á prepara-
rar, como dice S. Ambrosio, el lugar á su amo en el
cielo. Habiéndole puesto preso los enemigos de la fé
para forzarle á que renunciase á Jesucristo, le atormentaron de modo que no le dejaron miembro alguno
de su cuerpo que no fuese una llaga. No obstante man-
tuvo siempre firme en confesar el nombre de Jesu-
cristo, el cual, hallándose Vital muy cerca de consumir
el sacrificio, envió un ángel que le mostrase en una vi-
sion la corona que en el cielo le tenia preparada. Por
lo cual el Santo, antes de espirar en su suplicio, hizo
esta oracion. — Jesus Salvador y Dios mio, haced que
venga á vos mi alma como deseo y que reciba la corona
que vuestro ángel me ha manifestado. — Y acabada
esta oracion lleno de gloria voló á los cielos.

2. Lisonjeábanse los perseguidores que con los tor-
mentos y con la muerte de Vital inducirian á su amo
Agrícola á renegar de la fé. Mas habiendo empezado á
persuadirle que obedeciese los edictos imperiales, sa-
crificando á los ídolos, vieron que eran inútiles todas
sus persuasiones. Pues Agrícola en vez de manifestarse
aterrado por los crudos tormentos y por la cruel muerte
dada á Vital, habia cobrado mayor ánimo y mayores
deseos de serle compañero en la corona, dando la vida
por Jesucristo. Desesperados, pues, los enemigos de
apartarle de la fé, le condenaron á muerte y tuvo la di-
cha de sufrir una muerte semejante á la de Jesucristo.
Pues le hicieron morir crucificado, clavando sus miem-
bros en la cruz con muchos garfios.

3. Los cuerpos de estos dos santos mártires junto
con los instrumentos de su suplicio fueron sepultados
en un cementerio, en donde yacieron desconocidos
hasta el tiempo en que manifestó el Señor á S. Ambro-
sio el lugar de su sepultura. Pasando pues este Santo
en el año 393 por Bolonia, encontró ya su precioso de-
pósito, y con mucha pompa le trasladó á una iglesia.
Tomando para sí una parte de la sangre de los santos
mártires y de la cruz de san Agrícola, que encontró en
el sepulcro, la llevó á Florencia, colocándola en el altar
de una iglesia que después consagró en aquella ciudad.
Y en esta ocasion hizo el Santo un sermón, que se halla
en el tomo 3º de sus obras, del cual se ha sacado la no-
ticia de aquellos mártires, que se halla tambien en las
actas recogidas por Ruinarth.

1. Añadamos aquí el triunfo de otro san Vital de una noble familia de Milan. Era cristiano como toda su familia y guardaba una santa vida. Habia servido en el ejército del emperador, y por esto se habia hecho amigo del consul Paulino, y confiando en su favor se tomaba la libertad de asistir á los cristianos perseguidos, socorriéndoles en sus necesidades ó visitándoles en sus cárceles y hasta en las cavernas en donde estaban ocultos.

2. Paulino era un enemigo declarado de los cristianos; pero no sabiendo que Vital lo fuese, le invitó á que le acompañase á Ravena, donde habiendo llegado el Santo oyó decir que cierto cristiano llamado Ursicino, médico de profesion, conducido para ser atormentado por la fé, vacilaba y estaba en peligro de apostatar. Dejando, pues, Vital al consul corre al lugar de los tormentos, y hallando ya á Ursicino cuasi á punto de sucumbir, le dice: — ¿Cómo es esto amigo? Teneis la corona entre las manos y despues de tantas fatigas quereis perderla? Y por no sufrir estos breves tormentos ¿quereis abismaros en los tormentos eternos? Vos que curais sus males á los otros, quereis condenaros á una muerte eterna? Revivad la fé, confiad en Jesucristo, consumad con intrepidez vuestro sacrificio. — A estas palabras confortativas se mantuvo firme Ursicino, dió la vida por Jesucristo; y despues el mismo Vital dió sepultura á su cuerpo.

3. Noticioso de todo esto Paulino dijo á Vital: — ¿Qué novedad es esta? Estais loco? Cómo habeis podido obrar todo esto sin ser cristiano? — Y el Santo le res-

pondió: — Sí, yo soy cristiano y me glorio de serlo; no estoy loco, loco es el que adora como dioses á hombres malvados. No haymas que un solo Dios; á este Dios adoramos nosotros y nos gloriamos de morir por su amor.

4. Paulino amaba al Santo, pero indignado con todo lo sucedido, mandó que fuese puesto en prision como cristiano. Viéndose S. Vital en la cárcel junto con los demas cristianos rebozaba de alegría; por manera que indignado Paulino, le hizo desconjuntar todos los huesos en el potro, y desgarrar sus carnes con uñas de hierro; pero el Santo aunque casi á punto de espirar en medio de aquellos horribles tormentos, no dejaba de predicar á Jesucristo. De lo cual mas furioso el cónsul le hizo echar en un hoyo profundo, y cubriéndole allí de piedras le hizo morir. Así consumó el Santo su martirio, á 27 de abril del año 171, segun el cardenal Baronio. En el instante mismo en que espiró S. Vital, un sacerdote de Apolo, principal instigador del tirano contra el Santo, poseido por el demonio, echando espuma rajos de rabia iba gritando: — Tú me atormentas, Vital, tú me abrasas. — Y despues de siete dias se arrojó á un rio y murió ahogado. Las reliquias del Santo se conservan en Ravena en una grande iglesia fabricada en el lugar de su martirio. En el dia mismo dedicado en honor del Santo se hace tambien conmemoracion de santa Valeria su esposa, la cual volviendo de Ravena despues de la muerte del marido, sufrió por la fé tan crueles tratamientos de los idólatras, que llegada á Milan, viva apenas despues de diez dias, dió el alma á Dios, y es tambien honrada como mártir.

§ V.

S. POLICARPIO, OBISPO DE ESMIRNA.

1. San Policarpio fué discípulo del apóstol S. Juan ; y vino al mundo hácia el año 70 de Jesucristo Desde su mas tierna infancia ya fué cristiano y por su grande piedad era amado de sus maestros los apóstoles. Escribe S. Ireneo que él tuvo la dicha de conocerle en su juventud cuando el Santo era ya muy viejo, y añade que todavía conservaba impresas en su memoria las santas instrucciones que el Santo daba á los demas, pareciéndole oír aun de su boca las conversaciones que habia tenido con S. Juan y otras personas que habian conocido á Jesucristo. S. Policarpio fué elegido obispo de Esmirna por el mismo S. Juan antes que este fuese desterrado á la isla de Patmos. Se tiene por cierto que los elogios que da el Apóstol en su Apocalipsis (cap. 2, v. 9) al ángel ó sea al obispo de Esmirna, son dirigidas á S. Policarpio, cuando Jesucristo le dijo : — Sé tu tribulacion y tu pobreza ; pero eres rico. Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.

2. El Santo, segun dice Fleury, gobernó por espacio de setenta años la iglesia de Esmirna con tanto acierto y prudencia, que vino á ser como la cabeza de todos los obispos del Asia por la grande veneracion en que le tenian. Siendo de edad de cerca ochenta años, fué á Roma para tomar consejo del Papa Aniceto sobre algunos puntos de disciplina y especialmente sobre el dia en que debia celebrarse la Pascua. La permanencia de S. Policarpio en Roma sirvió de mucho alivio á los fieles, pues él confundia las nuevas heregías que

entonces empezaban á esparcirse ; y encontrando un dia al Santo el heresiarca Marcion, le preguntó si le conocia ; y respondió el Santo : — Sí, os conozco por el primogénito del demonio.

3. Regresado S. Policarpio al Asia, tuvo que sufrir la persecucion que el emperador Marco Aurelio suscitó contra la Iglesia y en especial contra la iglesia de Esmirna, en donde el procónsul Estacio Quadrato desplegó la mayor crueldad contra los cristianos : entre otras de sus barbaries hizo devorar por las fieras á doce fieles llevados de Filadelfia ; por cuyo sangriento espectáculo animados los idólatras, que eran muchos, pidieron la muerte de los cristianos y singularmente de Policarpio, el cual se empeñaba en darles valor para sufrir todo género de tormentos y de muerte por Jesucristo. El Santo, á pesar de aquellos clamores contra su persona, queria quedarse en la ciudad para hacer su acostumbrada visita pastoral ; pero á vivas instancias de los fieles se le obligó á retirarse en una casa de campo, en donde pasó todo el tiempo de su permanencia orando dia y noche.

4. Mas pocos dias habitó allí, pues no tardó en ser preso por los soldados. Tres dias antes de su prision tuvo una vision en sueños en la que le pareció que la almohada en donde tenia apoyada su cabeza estaba convertida en llamas ; por lo cual vino á entender que le aguardaba un martirio de fuego : y al despertarse dijo á sus hermanos que él indudablemente seria quemado vivo. Continuaban los soldados en su pesquisa, por lo que los cristianos le obligaron de nuevo á ocultarse en otra casa, lo cual verificó el Santo para complacerles. Y cabalmente en aquella misma casa hallaron los ene-

migos un criado á quien á fuerza de tormentos obligaron á descubrir que allí se habia retirado S. Policarpo. Se dió aviso al Santo de aquella novedad, pero no quiso huir, diciendo tan solo : — Cúmplase la voluntad de Dios ; — y lleno de santa intrepidez se ofreció ante todo á Dios como víctima destinada á honrarle, y le rogó que se dignase aceptar el sacrificio de su vida ; y despues con júbilo él mismo salió al encuentro de los ministros de justicia, que ya habian venido á prenderle ; les hizo entrar en aquella casa en donde les dió una abundante cena, les pidió que le diesen un poco de tiempo para encomendarse á Dios, y habiéndolo obtenido, se puso en oracion por espacio de dos horas.

5. El gefe y los soldados quedaron llenos todos de confusion á vista de aquel obispo tan venerable, pero les era preciso cumplir su comision. Partieron pues al despuntar el dia, y como el viaje á Esmirna era largo, pusieron al santo anciano sobre un jumento ; mas encontrando por el camino á dos altos funcionarios llamados Erodes y Nicetas, le hicieron estos subir en su carruaje. Puestos allí, mientras caminaban procuraron con todas sus fuerzas persuadir al Santo que obedeciese á los emperadores, diciéndole entre otras cosas : — Mas ¿qué mal hareis en sacrificar á los dioses para salvar la vida ? — Respondió el Santo con fortaleza, que antes sufriría todos los suplicios y la muerte, que consentir en lo que le aconsejaban. Despues de esta respuesta enérgica y decidida, indignados los dos le trataron de obstinado ; y transportados de furor le arrojaron con tal violencia del carruaje que con la caída quedó el Santo herido de una pierna, y añade Fleury, que se le rompió el hueso de la misma.

6. Con todo conservando S. Policarpo su tranquilidad, caminó lleno de gozo al anfiteatro en donde debia perder la vida. Al entrar en aquel lugar oyó una voz del cielo que le dijo : *Valor, Policarpo, constancia.* Y habiéndose presentado al procónsul, procuró este pervertirle, diciéndole : — Policarpo, tú eres ya viejo y es menester que te libres de los tormentos que no tendrás fuerzas para sufrir : jura, pues, por la fortuna del César y esclama con todo el pueblo : Mueran los impíos. — Y el Santo exclamó al momento : *Sí, mueran los impíos* ; entendiendo por impíos los idólatras. El procónsul creyéndole ya vencido, le dijo : — Ahora maldice á Jesucristo y te despacharé absuelto ya. — Al oír esto el Santo respondió : — Ochenta y seis años hace que sirvo á Jesucristo, y no me ha hecho el menor mal, antes bien he recibido de él grandes favores ; ¿y cómo puedo ahora maldecirle ? ¿Cómo puedo maldecir á mi Criador, á mi Salvador, que es tambien mi juez y que justamente castiga á quien le niega ?

7. Persistiendo el tirano en tentarle para que renegase de Jesucristo, respondió Policarpo que él era cristiano y que tenia á mucha gloria el dar la vida por Cristo. Amenazóle el procónsul que le haria devorar por las fieras ; pero el Santo le dijo : — Hacedlas venir luego, yo no puedo pasar del bien al mal ; ellas me ayudarán á pasar de los padecimientos á la gloria del cielo. — Díjole tambien el tirano que le haria quemar vivo ; respondió el Santo : — El fuego no dura sino un momento ; hay otro fuego eterno y solo este es el que me hace temblar. ¿Para qué tardais en cumplir vuestro propósito ? — Y dijo esto con tanta intrepidez que el mismo tirano quedó confuso. Con todo hizo publicar

á voz de pregonero que Policarpio habia confesado por su propia boca ser cristiano, por lo cual la turba de los gentiles esclamó : *Muera este destructor de nuestros Dioses*. Mas como la fiesta habia terminado y el combate de las fieras estaba finido, se decidió que á Policarpio, en vez de ser devorado por las fieras, se le hiciese morir en el fuego. Al momento se preparó la hoguera y los judíos se unieron con los idólatras para hacer de verdugos. El Santo se despojó por sí mismo de sus vestiduras, y viendo que se preparaban para clavarle en el palo dijo : — Dejad estos clavos. El que me da fuerza para sufrir el fuego me dará tambien vigor para permanecer firme en medio de las llamas sin necesidad de vuestros clavos. — Dejaron pues de enclavarle, si solo le ataron las manos por detras y le pusieron sobre la hoguera, desde donde levantó el Santo los ojos al cielo, y alzada ya la llama, esclamó : — O Dios omnipotente, mil gracias os doy por hacerme participante de la pasion de vuestro Hijo Jesus, y digno de sacrificarme en honor vuestro para venir á alabaros en el cielo y bendeciros por toda una eternidad. — Habiéndose despues pegado el fuego en la leña no le tocaban las llamas que hicieron un círculo en torno del Santo á manera de una campana, despidiendo al mismo tiempo de sus carnes un olor suavísimo. Viendo los paganos que el fuego le respetaba, indignados por decirlo así contra el mismo fuego, traspasaron al santo mártir con una espada, de cuya herida salió tanta sangre que bastó para apagar el fuego; y así consumó S. Policarpio su sacrificio, como se refiere en la célebre carta de los fieles de Esmirna enviada á todas las iglesias; y se halla tambien referida por Ruinart en su coleccion

de las actas de los mártires. Verificóse este martirio en el año 160.

§ VI.

SANTA TEODORA Y S. DÍDIMO.

1. Santa Teodora era natural de Alejandría, de una familia noble y poderosa y sus padres eran cristianos. Vino al mundo á fines del siglo III. Teodora estaba dotada de una rara belleza; pero ya en la edad de 16 á 18 años habia hecho voto de virginidad para no tener otro esposo que Jesucristo; por lo cual era el modelo de las demas vírgenes cristianas con sus admirables virtudes. Habiéndose despues publicado les edictos de Diocleciano en Egipto contra los cristianos, ya desde entonces empezó á arder ella en grandes deseos de dar la vida por Jesucristo, preparándose al combate con la oración y con los repetidos ofrecimientos de sí misma á Dios. Empezada ya la pesquisa contra los cristianos, fué acusada Teodora como una de las cristianas mas fervientes, por cuyo motivo fué encarcelada; y presentada despues al juez Procolo, quedó este al mirarla prendado de su singular hermosura. Y al preguntarle quien era y si estaba libre, respondió la Santa que era cristiana, y que Jesucristo, redimiéndola la habia libertado de la esclavitud del demonio; pero que segun el mundo era hija de padres libres. Habiendo sabido despues el tirano que aquella doncella era noble, le preguntó como no habia querido enlazarse. Respondió Teodora que no habia querido esposo para vivir solamente con Jesucristo su Salvador. — ¿Pero no sabeis,

replicó el juez, que tienen ordenado los emperadores el sacrificar todos á los dioses, y que quien se resista será condenado á los mas infames suplicios? — Respondió Teodora: — Y vos tambien sabeis que Dios cuida de quien le sirve y le protege para que no sea contaminado. — Insistió Procolo en persuadirle que sacrificase á los dioses, pues de lo contrario habrian de cumplirse los edictos imperiales. La Santa le hizo la misma respuesta, añadiendo que ella se habia consagrado á Jesucristo y que no le abandonaria aun cuando la hiciesen pedazos. — Yo no soy mia, dijo, sino suya, él me defenderá.

2. Querida mia, dijo entonces el juez, cara os costará vuestra obstinacion. ¡Qué locura, añadió, querer confiar en un hombre que no pudo librarse á sí mismo de morir en cruz! ¿Y vos esperais que él os libre? — Sí, respondió la Santa, confio que Jesucristo, que sufrió la muerte solo para darnos la vida, me preservará de todo mal. Yo no me espanto ni de los tormentos ni de la muerte; antes bien suspiro con ansia el momento de morir por mi Dios que murió por mí. — Pero tú eres noble, dijo el juez; no quieras deshonorar tu familia con una infamia eterna. — Respondió Teodora: mi gloria es confesar el nombre de mi Señor Jesucristo, que me ha dado los honores y la nobleza; él sabrá guardar su paloma. — Vamos, replicó Procolo, harto habeis hablado, sacrificad en este mismo instante á nuestros dioses, no seais insensata. — Insensata seria, respondió Teodora, si sacrificase á los demonios y á dioses de bronce y de piedra. — Irritado el juez por tal respuesta la mandó abofetear; y despues le dijo: — Digna os habeis hecho de vuestra afrenta por haber des-

preciado á nuestros dioses. — Pero yo no me quejo, dijo la Santa, antes bien tengo por una gloria el haber sufrido este bochorno por amor de mi Salvador. — Vamos, replicó el tirano, tres dias os doy de tiempo para deliberar, pasados los cuales me veré obligado á castigaros. — Y respondió la Santa: ya podais dar por pasados estos tres dias, porque yo diré siempre lo mismo. — Transcurridos los tres dias, y hallándola constante en su fé, dijo Procolo que debia obedecer al emperador, y la mandó conducir á un lugar de prostitucion.

3. Llegada allí la Santa encomendóse de nuevo muy fervorosamente á Jesucristo. ¿Y qué sucedió? S. Dídimos vistióse de soldado, y puesto entre la multitud, se hizo introducir el primero en el aposento de la virgen. Al verle la Santa procuró retirarse á los extremos de la sala; pero S. Dídimos le dijo: — No temas de mí, Teodora, no soy lo que piensas; mi objeto en venir aquí no es otro que salvarte el honor, ponerte en libertad y librate de cualquier ultraje. Troquemos los vestidos; toma tú los míos y yo quedaré aquí con los tuyos. — Convino en ello Teodora, y vestida de soldado, salió alegre de aquel lugar infame; y con la cabeza cubierta é inclinada la cara hácia la tierra, pasó por medio de aquella turba sin ser conocida.

4. Pasado algun tiempo entró otro jóven en aquel aposento, y quedó sorprendido de hallar un hombre en vez de la virgen, y decia entre sí atónito: — ¿Muda Cristo quizás las mugeres en hombres? — Pero S. Dídimos le descubrió el misterio, diciendo á los idólatras: — No me ha transformado Cristo de muger en hombre, sino que me ha dado proporcion para adquirirme una

corona. La virgen está lejos de aquí; yo he quedado en su lugar; haced de mí lo que os plazca. — Informado el prefecto de todo esto, mandó que Dídimo fuese conducido á su presencia, y le preguntó el porque habia obrado así. Respondió el Santo que así Dios se lo habia inspirado. Mandóle despues sacrificar á los dioses, y descubrir el paradero de Teodora. Respondió Dídimo que en cuanto á Teodora no sabia donde estaba; y que en cuanto á sacrificar, el juez no tenia que hacer mas sino cumplir las órdenes de los emperadores, pues él no sacrificaría á los demonios aun cuando le hiciese arrojar al fuego. Indignado el prefecto mandó que fuese decapitado y que despues fuese quemado su cuerpo.

5. Fué conducido, pues, Dídimo en efecto al lugar del suplicio, y al mismo tiempo corrió allí Teodora, empezando los dos á cuestionar sobre quien debia morir. Decia Dídimo: — A mí toca la muerte, porque contra mí se promulgó la sentencia. — Mas respondia la Santa: — Yo consentí que tú me salvases el honor, pero no la vida; yo abominaba la infamia, pero no la muerte. Si tú has pretendido privarme del martirio, me has engañado. — La conclusion fué que informado el juez de aquella controversia, mandó que entrambos fuesen decapitados; y así entrambos consiguieron la corona. Las actas originales de tan glorioso martirio las refiere Ruinart.

§ VII.

S. FELIPE OBISPO DE ERACLEA Y COMPAÑEROS MARTIRES.

1. En la Tracia, donde la ciudad de Eraclea era me-

trópolis de la provincia, fué Felipe elegido obispo por el esplendor de sus virtudes; y correspondió tan perfectamente á lo que su pueblo esperaba de él, que el pueblo le amaba entrañablemente y él amaba así mismo á todos los de su diócesis. Pero entre estos tenia particular predileccion á dos discípulos suyos, á saber, al sacerdote Severo y al diácono Ermes, á quienes tuvo despues por compañeros de martirio en la persecucion levantada bajo el imperio de Diocleciano; en la cual se aconsejó al Santo que se retirase de la ciudad, mas él no quiso partir, diciendo que queria conformarse con las disposiciones de Dios, que sabe muy bien remunerar á los que por su amor padecen y que por esto no debia temer las amenazas y los tormentos de los tiranos. Un dia en el año 304, mientras el Santo en la iglesia estaba exhortando al pueblo á la paciencia, vino un soldado, que por orden del gobernador llamado Basso, hizo salir al pueblo, cerró las puertas de la iglesia y las selló. Felipe le dijo entonces: — ¿Crees tú que Dios habita dentro el recinto de estas paredes y no en nuestras almas?

2. No pudiendo Felipe entrar mas en la iglesia, no quiso empero abandonarla; quedóse junto á las puertas con el pueblo, y allí procuró separar los buenos de los malos, alentando á los primeros para que fuesen constantes en la fé, y á los segundos á que hiciesen penitencia de sus pecados. Halládoles Basso apiñados en aquel parage les mandó arrestar, y preguntó despues quien era entre ellos el gefe. Adelantóse entonces Felipe y le respondió: — Yo soy aquel que pides. — Y Basso le dijo: — ¿Habeis oido la ley de los emperadores prohibiendo que en lugar alguno se reunan los cristianos, para que todos ó sacrifiquen á los dioses, ó

perezcan? — Mandóles despues que le entregasen todos los vasos de oro y plata y todos los libros que trataban de la ley cristiana, pues de lo contrario serian puestos en el tormento. Respondió S. Felipe: — En cuanto á mí pronto estoy á padecer como tú quieras en este cuerpo que va cayendo agoviado por los años, pero jamás creas tener potestad sobre mi espíritu. Los vasos sagrados puedes tomarlos á tu arbitrio, mas por lo que toca á las divinas escrituras es mi deber el que no caigan en tus manos. — Irritado Basso por aquella respuesta, llamó á los verdugos é hizo atormentar al Santo con crueldad y por mucho tiempo. Hallándose presente el diácono Ermes á las aflicciones de su obispo, dijo al gobernador que aun cuando hubiese salido con la suya en apoderarse de las sagradas escrituras, no por esto los buenos cristianos dejarían de enseñar á los demas á seguir á Jesucristo y á rendirle los honores de que es digno. A estas palabras siguió una tempestad de azotes sobre el santo diácono.

3. Mandó Basso en seguida que se tomasen los sagrados vasos del sagrario y que las escrituras santas fuesen arrojadas al fuego, y que Felipe, con los demas encarcelados fuesen conducidos por la tropa desde el foro al suplicio, á fin de alegrar con este espectáculo al pueblo infiel y aterrorizar á los cristianos. Llegado Felipe en el foro, é informado de la quema de las escrituras, pronunció al pueblo un largo discurso sobre el fuego eterno con que amenaza Dios á los impíos; pero en medio del discurso, vino un sacerdote idólatra llamado Catafronio, trayendo consigo algunos restos de las víctimas sacrificadas á los demonios. Al ver esto Ermes, exclamó: — Esta cena diabólica se ha traído

aquí para obligarnos á gustar de ella y de este modo contaminarnos. — Pero S. Felipe le exhortó á que no se inquietase. Entre tanto llegó al foro el gobernador y mandó á Felipe que sacrificase al momento á sus dioses; y respondió el Santo. — Siendo yo cristiano, ¿cómo puedo sacrificar á las piedras? — Sacrifica á lo menos al emperador, añadió Basso; pero replicó el Santo: — Mi religion me manda obsequiar á los príncipes, pero me prohíbe sacrificar á nadie sino á Dios. — Y esta hermosa estatua de la Fortuna, dijo el gobernador, ¿no es digna de que le ofrezcas tú una víctima? — Respondió el Santo: — Muy bien puede ella ser obsequiada por vosotros, que la adorais, mas yo no puedo adorarla. Y añadió Basso: — Muévate á lo menos este precioso simulacro de Hércules. — Entonces el Santo reprobó en alta voz la insensatez de los que veneraban como dioses á las estatuas, que siendo sacadas de la tierra, merecian ser holladas como la tierra y no adoradas. Dirigióse Basso á Ermes, ordenándole que á lo menos él sacrificase á aquellos dioses. Respondió decididamente el Santo que era cristiano y que no podia hacerlo. — Mira, le dijo, que si no sacrificas, serás arrojado á las llamas. — Y respondió Ermes: — Tú me amenazas con estas llamas que poco duran, porque no sabes la violencia de las llamas eternas en las que arden los discípulos del diablo. — Indignado Basso, mandó que aquellos santos fuesen conducidos á la cárcel. Por el camino, aquella insolente turba atropellaron varias veces á empujones al santo viejo, y le hicieron caer á menudo; pero Felipe con alegre rostro se volvía á levantar, sin turbarse.

4. Finido el tiempo del gobierno de Basso, llegó á

Eraclea su sucesor Justino, hombre mas cruel que Basso, al cual, habiéndosele presentado S. Felipe, le dijo que hallándose en una edad tan avanzada, tenia que sacrificar, si no queria sufrir aquellas penas que la juventud misma no podia tolerar. Respondió el Santo : — Vosotros por el temor de una pena momentánea obedecéis á los hombres, ¿cuanto mas debemos nosotros obedecer á Dios, que castiga á los malhechores con penas eternas? Tú podrás atormentarme, pero jamás inducirme á que sacrifique. — Yo haré que te arrastren por los pies por toda la ciudad. — Respondió el Santo : — A Dios plazca que esto se verifique. — La amenaza no fué en vano, pues verificóse con la mayor inhumanidad : el Santo no murió en aquel tormento, mas quedó dilacerado en todo su cuerpo, y en brazos de sus hermanos fué conducido otra vez á su prision.

5. Despues de esto el gobernador se hizo presentar á Ermes el diácono, y le exhortó á que sacrificase, si queria librarse de los tormentos que tenia aparejados. A esto contestó el Santo : — Yo no puedo sacrificar y hacer traicion á mi fé. Así que tú puedes saborearte á tu gusto en dilacerar mi cuerpo y hacerle pedazos. — Tú hablas así, dijo Justino, porque no comprendes las penas terribles que te aguardan. — Y el Santo le replicó: Cuanto mas atroces sean las penas, Jesucristo, por cuyo amor yo las padeceré, las tornará mas ligeras y suaves.

6. Justino mandó que los santos volviesen á su encierro, en donde les dejó sepultados por espacio de siete meses, despues de los cuales, los mandó trasladar á Adrianópolis, á donde, llegado él, mandó que de nuevo se le presentase Felipe, y le dijo que habia dife-

rido la sentencia para darle tiempo de reflexionar y resolverse á ofrecer el sacrificio. Respondió el Santo : — Ya te dije que yo era cristiano, y siempre diré lo mismo : yo no sacrifico á las estatuas, sino tan solo á aquel Dios uno en esencia, á quien he consagrado todo mi sér. — Airado el juez le mandó despojar de sus vestidos, y azotarle con tanta crueldad, que le dejaron descubiertos los huesos y las entrañas. Mas el santo viejo sufrió con tanta fortaleza aquel destrozo de su cuerpo, que causó admiracion al mismo Justino. Pasados tres dias, hizo llamar de nuevo á Felipe, y le dijo: — Dime, ¿porqué eres tan tenaz en no obedecer á los emperadores? Respondióle el Santo : — No me mueve la temeridad, como tú dices, sino el amor que tengo á mi Dios, el cual me ha dé juzgar un dia. Yo siempre he obedecido á los príncipes, mas ahora se trata de preferir la tierra al cielo. Soy cristiano : no puedo pues sacrificar á tus dioses. — Oido esto por Justino, volvióse á Ermes y le dijo : — Ya que este por ser viejo ha cobrado tedio á la vida, tú á lo menos no la desprecies; sacrifica, y cuida de tu seguridad. — Ermes, entonces, tomó intrépido la palabra para declamar contra el impío culto de los ídolos ; pero Justino arrebatado de cólera, le interrumpió diciendo : — Tú me hablas como si tuvieses esperanzas de hacerme cristiano. — Y replicó el Santo : — Ojalá que tal fueras no solo tú sino todos aquellos que me odian. — Finalmente, viendo el tirano la constancia inalterable de los dos santos, profirió esta sentencia : — Mandamos que Felipe y Ermes, por haber despreciado las órdenes imperiales, sean quemados vivos.

7. Oida la sentencia, los Santos rebozando en júbilo,

se dirigieron hácia el lugar en donde estaba la hoguera, como dos víctimas consagradas al Señor: mas entrambos tenían tan adoloridos los pies, sin duda por razon de los cepos, que habían sufrido, que el santo obispo tuvo que ser llevado en peso al suplicio; y Ermes le seguia mas con grande pena, y decia á Felipe: Apresurémonos, padre, y no cuidemos de los pies, de que no tendremos ya mas necesidad. — Llegados al lugar del martirio, segun la costumbre del pais, los condenados á las llamas eran metidos en un hoyo y cubiertos de tierra hasta las rodillas para que no pudiesen moverse, y así se hizo. Ermes, al descender en el hoyo no pudo menos, rebozando en júbilo, que prorumpir en risa. Y por fin, aplicado el fuego por los satélites, los Santos, mientras hablar pudieron, no cesaron de dar gracias á Dios por el género de muerte que les proporcionaba, y consumaron su sacrificio diciendo: *Amen.*

8. Severo, otro de los discípulos de San Felipe, desde la prision en que había estado encerrado al tiempo en que su santo obispo había consumado en el fuego el martirio, oyó explicar su gloriosa muerte, y estaba afligido por no haber podido acompañarle; por lo cual rogaba al Señor que no le tuviese por indigno de dar también la vida por su gloria. Y fué atendido, pues al día siguiente obtuvo también la suspirada corona. Todo lo hasta aquí referido sobre S. Felipe y sus discípulos, lo escribe el P. Orsi en su historia, tom. 4, lib. 8, n. 35, y dice haberlo sacado de Ruinart, *Act. Mart.*, n. 1.

§ VIII.

S. JAIME LLAMADO EL INTERCISO.

1. La religion cristiana había sido muy perseguida en Persia, pero bajo el reinado del rey Isdegerdo había disfrutado veinte años de paz. Un obispo empero llamado Abda, incendiando un templo de cierto ídolo adorado de los Persas, dió ocasion á que se suscitase una cruel persecucion contra los cristianos. Irritado Isdegerdo por aquel incendio, mandó que se derribasen todas las iglesias cristianas, y despues, que todos sus súbditos debiesen profesar la sola religion de los Persas.

2. Vencido Jaime por el temor de perder los bienes y los destinos que poseia en la corte, obedeció esta orden inicua; pero su madre y su muger, que eran buenas cristianas, hallándose ausentes, y sabiendo la conducta de Jaime, le escribieron una carta en la cual, despues de exhortarle á que reparase el error cometido, le decian: « Si no volveis al buen camino de donde habeis salido, os trataremos como á un extraño, y nos separaremos de vos. No es del caso habitar con un hombre que ha abandonado á Dios por condescender con los hombres, y por bienes que presto perecerán, y le harán perecer eternamente.

3. Jaime, cuya conciencia le inculpaba ya su apostasia, quedó por esta carta vivamente penetrado, pensando que si le desecharan los parientes, con mucha mas razon le desecharia Dios. Llorando pues amargamente su pecado, que había sido público, creyó necesario detestarle también públicamente. Y así á presencia de todos